

“RESULTA ESENCIAL PLANTEAR UN RELANZAMIENTO DE NUESTRA PRÁCTICA HUMANISTA”. ENTREVISTA A MIGUEL ÁNGEL HUAMÁN

María Alejandra Mory Rosas

alejandramory@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-8789-3678>

Sergio Luján Sandoval

sergiomdc9@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-4612-4899>

DOI: 10.35286/mrlad.v%vi%i.50

Miguel Ángel Huamán Villavicencio es docente principal del departamento de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde también realizó estudios de pregrado y posgrado. Ha sido acreedor del primer premio Desco por su trabajo sobre la poesía de José María Arguedas, que luego se publicó bajo el título de *Poesía y utopía andina* (1988), así como la obtención de una mención honrosa en el Premio Copé de Poesía en 1991. También ha dictado cursos, conferencias y ha participado activamente en distintos eventos culturales y literarios en diferentes ciudades del país promoviendo una descentralización del conocimiento, a saber: Piura, Lambayeque, Chiclayo, Trujillo, Chimbote, Huaraz, Ica, etc. Asimismo, varios artículos de su autoría han sido publicados en revistas nacionales e internacionales de reconocida trayectoria. Dentro de su producción podemos mencionar los siguientes títulos: *Literatura y cultura: una introducción* (1993), *Problemas de teoría literaria* (2001), *La formación humanista: fundamentos y desafíos* (2012), *Diálogo de sordos en la crítica peruana* (2017), *El discurso poético: un manual* (2018) y, ahora último, *Sin medias palabras. Ensayos de humanismo crítico* (2019). Actualmente dispone de un canal propio en *YouTube*.

Metáfora. Revista de literatura y análisis del discurso, 4, 2020, pp. 1-13.

Doi : 10.36286

1. De acuerdo con sus escritos, asistimos a una época marcada por una revolución informática y digital que modifica las prácticas culturales, artísticas y académicas. ¿Considera que la formación humanística, los estudios literarios y la crítica literaria están en crisis?

Actualmente atravesamos una nueva fase del capitalismo. Esta economía globalizada ha convertido la cultura en espectáculo, como señaló muy bien Guy Debord¹, lo que ha significado un constreñimiento de los espacios académicos y la reducción en general de la actividad artística a lo meramente inmersivo o evasivo. La gente se sumerge en eso, pues hay un empobrecimiento de la vida cultural y obviamente se percibe, gracias a estos aparatos tecnológicos cada vez más amables, el crecimiento invasivo de un gran número de gente profana que está permanentemente haciendo actividades o prácticas culturales, literarias, artísticas; sin embargo, eso ha conllevado, más que nada, a la generalización y al predominio de lo mediocre, de lo espontáneo. En ese sentido, atravesamos una crisis aguda que, de algún modo, como he dicho en algún trabajo, ha expropiado el lugar de la crítica. Ahora se entiende a la crítica en un sentido de mera oposición, de estar en contra de todo lo que se diga sin entender ni analizar los argumentos, o simplemente como aquella que halaga y acompaña la preocupación de los autores por el mercado; es decir, se ha favorecido con esta cultura del espectáculo el asumir un sentimiento superficial que resulta funcional al consumo. Como dice Mario Perniola², más importante que el conocimiento en esta época es el sentimiento, el sentirse parte de algo; experiencias no de la indagación ni de la exploración (como en los sesentas los *hippies* buscaban), sino ser parte de la imagen del *rockero*, del hombre famoso. Sueñan con eso.

Obviamente todo esto ha significado que se haya socavado paulatinamente lo institucional en las prácticas artísticas culturales y que se hayan vuelto comparsa nada más del mercado. Aspecto vinculado evidentemente con la privatización de la educación universitaria, que se ha reducido a una instrucción para el mercado de trabajo, lo cual, evidentemente, ha impedido que se tome conciencia de esta realidad. Como decía muy

¹ Debord, Guy (1976). *La sociedad del espectáculo*. Madrid: Miguel Castellote.

² Perniola, Mario (2008). *Del sentir*. Valencia: Pre-Textos.

bien Terry Eagleton³: esta es la época que más necesita una conciencia crítica y es lo que menos hay. Entonces, todo esto tiene que ver con un sistema educativo al que no le interesa una formación integral, pues dicho sistema se ha convertido en una instrucción para el mercado de trabajo y el consumo. Por ello, la crítica cultural y artística funciona en relación a las ventas, ha perdido legitimidad y se percibe que no tiene mucha función crítica.

Así, el mundo cultural se ha convertido en un factor esencial del nuevo modelo económico que ha incursionado en valores y productos espectaculares, pero en el plano de lo cultural y de los bienes intangibles. Además, la era posindustrial ha reducido el valor del arte y la literatura al consumo, que está inversamente proporcional a su sentido crítico, a su visión de una posibilidad de un mundo diferente; es decir, estamos ante el crecimiento constante de lo banal, de lo egocéntrico y de lo ligero, como diría Lipovetsky⁴. Lo ligero domina ahora casi toda la vida. En ese sentido, vivimos una crisis profunda en el ambiente académico cultural, la crítica literaria —y no solo en el Perú, sino a nivel mundial—, pues se ha olvidado lo que tal vez nuestra tradición, con nuestros maestros anteriores, —empezando con Mariátegui y llegando hasta Cornejo Polar— siempre habían remarcado: el vínculo inevitable con lo social, con lo cultural; requisito indispensable en la forja de una identidad camino hacia una nacionalidad que articule la pluralidad de nuestro ser social. Y, obviamente, este proceso que podía haberse encaminado en el siglo XX hacia una resolución, más bien, se está diluyendo, y en el siglo XXI parece haberse olvidado de esa perspectiva por estar anclados en una visión cosmopolita y globalizada que, en realidad, es enajenante. No es evidentemente casual que esta cultura se relacione con un crecimiento del capitalismo globalizado y que signifique, en el fondo, un modo de vida que encarna una desigualdad cada vez mayor. Socialmente el mundo está constantemente más polarizado y, sumado a ello, la intensificación y el predominio absoluto de ese modo de vida frenético, consumista y contaminante está generando profundos cambios en el planeta y una serie de problemas serios para la vida. Entonces, creo que los propios involucrados en los fenómenos mencionados no tienen ninguna noción de la importancia que tiene lo humano, y ello

³ Eagleton, Terry (2005). *Después de la teoría*. Barcelona: Debate.

⁴ Lipovetsky, Gilles (2015). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.

demuestra que hemos perdido nuestra capacidad de diálogo en ese entorno. Esa es la naturaleza real de nuestra crisis. Nos hemos encerrado en cuatro paredes y estamos como en aquella escena de la película del Titanic, donde el barco se estaba hundiendo mientras los violinistas seguían tocando, lo cual es una imagen que a mí me parece bastante crítica y que, además, no es mía ni de *Titanic* sino de Hans Magnus Enzensberger —poeta austriaco-alemán muy bueno—, pero es la imagen, sobre todo, de lo que es nuestra crisis: preocupados del método retórico, de las obras, cuando en realidad hoy día es cuando más se necesita de una visión radicalmente humanista para recuperar sentido crítico frente a la vida.

2. ¿Cómo se manifiesta dicha coyuntura en el caso del Perú?

Bueno, en la periferia de la periferia, como es el caso del Perú —porque estamos al margen del margen—, nuestra tradición vive siempre ucrónicamente, es decir, con un tiempo que es un poco a destiempo. Hay un sentimiento de avance y de crecimiento que es falso y puramente aparental; en realidad, el Perú está en crisis permanente. El último proyecto que ha fracasado es el de la «república empresarial», con la figura de Kuczynski que hacía de presidente de todos los peruanos y después de representante de las transnacionales —nada más se cambiaba de lugar en la mesa—, lo cual pone en evidencia que nos encontramos en una situación alarmante. Esto resulta paradójico porque aparentemente puedo decir “¡qué bien que estamos!”, pues hay nuevos espacios culturales que han aparecido institucionalmente en los últimos años, a saber: el Ministerio de Cultura, el Ministerio de Integración, la Casa de la Literatura, es decir, existe un activismo frenético (ferias de libro, publicaciones, concursos, nuevos formatos que aparecen en diferentes espacios). Y si la educación creció por una demanda que no se cubría —y no teníamos la mejor educación de América latina, sino la peor—, situación similar es la que acontece paradójicamente en el terreno cultural-literario en la coyuntura de esta crisis: el Perú vive esa paradoja. Así como hay una oferta educativa en varios niveles en aspectos que no son reales, hay también muchas prácticas institucionales (talleres, seminarios, espacios en la web o en el *YouTube*), que son funcionales a la cultura del consumo y al espectáculo. Crecimiento no es desarrollo del espacio y la actividad artístico-literaria, y menos de la crítica. No vemos un auge —un

acontecimiento para celebrar—, sino, por el contrario, vemos un empobrecimiento, una decadencia; así como en las instituciones tutelares (Poder Judicial, Poder Electoral) se muestran grandes falencias, igual sucede con la cultura y con la creación artística. Se trata, más bien, de una pérdida no solo del espacio institucional, sino también del diálogo y de la capacidad de acción entre los seres humanos.

Ahora bien, la mejor forma de ver eso es cómo simultáneamente a dicho crecimiento, en el terreno de las letras y humanidades, la literatura se ve como algo inútil y que ha perdido valor e importancia. El curso de Literatura, por ejemplo, desapareció y se volvió parte del área de Comunicación y ahora parte de lo que sería el Plan Lector. Esto nos conduce a afirmar que cualquier aspecto humanístico pasa a un segundo plano. La verdad es que el abandono del ámbito cultural de las letras en lo institucional y en lo formal resulta, evidentemente, lo más claro de nuestra problemática. Se trata de la sustitución por el mercado y a que los intereses del consumidor son los que han devenido más importantes, lo cual conlleva al abandono de lo institucional —por ejemplo, no hay una institución literaria seria en el Perú—; y, además, al hecho de que se haya debilitado esa capacidad crítica. Por ello no es extraño observar el protagonismo de los artistas que expresan sus artes poéticas y sus convicciones continuamente, pero dichas ideas son muy personales y no necesariamente son socialmente refrendadas en algunos casos. Entonces, yo creo que, tal como Boris Groys⁵ ha dicho muy claramente, esta tendencia hacia lo nuevo generada por el hiperconsumo y la sociedad consumista, conduce a que nos demos cuenta de que no precisamente lo nuevo es innovación; de hecho, podríamos decir que lo nuevo da ilusión, pero lo que realmente importa es una innovación, y esta solo puede ser medida cuando se relaciona con la tradición: la literaria o la artística, por ejemplo. Y muchos de los que son nuevos “desconocen mayormente”, como dicen, la tradición de su práctica artística. Por lo tanto, no es una innovación ni un proceso que podemos entender como dialógico con lo que está sucediendo, sino más bien uno evasivo y que refuerza eso. Hay, pues, una evaluación que en realidad es muy concesiva con el consumismo y no se observa lo que es la gran tradición crítica que siempre mantienen el arte y la práctica

⁵ Groys, Boris (2005). *Sobre lo nuevo. Ensayo de una economía cultural*. Valencia: Pre-textos.

literaria. La mayoría de los creadores, en forma profana, accede a la destreza y habilidad que los aparatos ofrecen sin conocimiento de los marcos discursivos del género o los autores previos, y creen que están descubriendo la pólvora, mientras los que fungen de crítica en los medios hacen comparsa porque tampoco tienen la información. En tal sentido, sin ningún tipo de poética, sin ningún pensamiento denso sobre la literatura, el arte o sobre la vida, del quehacer del ser humano, se logra vender y hacerse notar. Todos publican ahora, todos ganan premios, todos tienen concursos y circuitos para sus gustos —la verdad es que eso ha crecido bastante—, pero son poco críticos con el propio sistema consumista. Crecen las ferias, pero no crece la lectoría: la lectoría está en crisis. Y así como se celebra lo nuevo, realmente no se sabe qué es porque se ha perdido el horizonte. Ese es el rostro particular de la crisis internacional y nacional en el caso del Perú.

3. Si ingresamos al campo de los estudios literarios en San Marcos, se puede afirmar que no existen trabajos que discutan problemáticas actuales, lo cual sería “lógico” porque lo que nos piden, al menos en una tesis de pregrado o posgrado, tiene un anclaje con “lo literario”. Pero, al parecer, muchas veces perdemos de vista u olvidamos que “lo literario” se engarza innegablemente con el plano cultural y social. Asimismo, tal vez se esté aportando con nada al momento de discutir sobre temas trillados, creyendo que solo basta con el respaldo de una utilería teórico-conceptual “en boga” y casi siempre importada. Frente a esta situación, cabría realizarnos dos preguntas: ¿qué analizamos realmente? ¿Qué relación guarda dicha actividad (nuestro quehacer literario) con lo que está sucediendo en el mundo?

Bueno, los estudios literarios (o la llamada crítica literaria peruana) adquieren un estatuto epistemológico propio tardíamente en nuestra tradición: a fines del siglo XX, cuando se incorporan los cursos de teoría y métodos de análisis orientados hacia la explicación del funcionamiento textual del uso literario del lenguaje con intención estética. Es decir, eso mismo que en el mundo empezaron los formalistas a postular a comienzos del siglo pasado, nosotros, acabando el mismo siglo, recién impusimos aquella visión en el plano de la universidad. Curiosamente coincide su aparición en un

país periférico como el Perú, con el cambio hacia la economía global que estoy mencionando y a la expansión evidente de la multimedia y de la telemática hacia esa cultura del espectáculo que impone a la conciencia crítica una función poscolonial, es decir, la de ser anuente con la ideología consumista y con el crecimiento capitalista: “hay que legitimar lo que está pasando”. Antes, la mirada del hombre de letras y de los críticos era una mirada cuestionadora. La imagen que tenemos de los maestros anteriores (empezando por Mariátegui, por ejemplo) era la de un crítico que miraba de una manera diferente, y no sé cómo hemos convertido al crítico en la comparsa del nuevo escritor, en el que participa en ferias, etc. Evidentemente eso no es casual, pues le impide al crítico y al joven dialogar con el momento de lo que está sucediendo.

Así como la educación ha convertido a las carreras académicas de humanidades en carreras profesionales —porque ahora tienen que ver cuál es su inserción en el mercado o en el trabajo—, se nos ha hecho creer que siempre debemos pensar en el mercado, en las publicaciones, en la imagen, en el currículum, etc. Lamentablemente es un momento también maravilloso en otro aspecto: en el campo del desarrollo de las nuevas visiones de la ciencia. Esa actitud de las humanidades y de la crítica, encasillados en ciertos roles tradicionalistas y esa visión poscolonial y anuente con el sistema, le ha impedido dialogar en el momento que ha nacido una nueva concepción de la ciencia de raíz interdisciplinaria, la cual se orienta hacia los sistemas inestables, los fenómenos complejos, los modelos probabilísticos; es decir, una mirada que deviene articuladora y que supera la visión positivista, mecanicista y la separación absurda entre Letras y Ciencias, pues todo requiere del lenguaje y de la imaginación. E, incluso, pudiendo en este momento reivindicar, los estudios literarios que se acaban de formar, ese nuevo estatuto que es interdisciplinario y que dialoga, contrariamente más bien se vuelven una cosa disciplinaria cerrada. Entonces, los estudios literarios del siglo XXI potencialmente pudieron orientarse hacia eso, pero siguen de espaldas a los procesos sociales, a los cambios y, sobre todo, a las ciencias. Lo que ocurre es que su práctica analítica, formativa y valorativa ha perdido la atención en lo básico, que es la práctica literaria y artística y que, además, obvia su voluntad de crítica, de disidencia y de imaginar un mundo diferente. Se han preocupado, más bien, en ser un escribano o un

notario de cómo se usa, de cómo se vale, de cómo se divierte; en suma, se ha banalizado el discurso crítico. No hay, por lo tanto, ni ápice de algo que va consustancial a la práctica humanística o a la práctica literaria, como es la problemática de la identidad nacional o del proyecto que uno quiere construir de una república democrática y plural. Lo que diferencia a esta crítica de la anterior es su metalenguaje: ahora usan términos más complicados, pero no es una retórica la que hace el cambio en una perspectiva crítica. Yo sentí eso en algún momento cuando, en los cursos que se dictaban, la gente comenzó a hablar de lo que antes nunca se hablaba: de narratología, de semiótica, de deconstrucción; sin embargo, seguían haciendo la misma crítica lastrada por una falacia biográfica o referencial. Es decir, nos encontramos ante una paradoja: tú escuchas y hablas diferente, pero no estamos mejor sino peor que las visiones críticas anteriores. Hemos pasado, como diríamos metafóricamente a propósito de un texto mío que escribí, de la crítica del gusto —que es la que predominaba en un momento dado— a la crítica del susto, porque lo único que se ha hecho es renovar el lenguaje (el metalenguaje, es decir, las palabritas complicadas) y, por ende, asustar a la gente; pero sigue siendo la misma crítica del gusto (impresionista y subjetiva)⁶. Creo que debemos recuperar la ecología del saber humanístico, que implica que todo saber humanístico o científico, en general, tiene que dialogar con su entorno y promover una suerte de interacción crítica permanente que ayude al diálogo interno en una formación social, en una tradición que, también en nuestro caso, espera hace tiempo esa contribución para tal vez articular un proyecto nacional diferente.

4. Recogiendo lo que comentó sobre la interdisciplinariedad, sobre todo con respecto a esta suerte de construir puentes de diálogo entre distintas disciplinas, la actual malla curricular de la escuela académico profesional de Literatura en San Marcos, por poner un ejemplo, ha sido aplicada el año pasado, es decir, el 2019, desplazando el plan antiguo del 2014. No obstante, lo que se reclama en contextos como al que ahora nos enfrentamos son enfoques interdisciplinarios antes que afincados en una sola parcela (léase como un mecanismo monológico). Desde su

⁶ Huamán Villavicencio, Miguel Ángel (2001). Contra la “crítica del gusto” y la “tradición del ninguneo”. *Alma Mater*, 20, 91-112.

experiencia como docente en dicha Universidad, ¿cómo evalúa este cambio?; además, ¿se apuesta realmente hacia una verdadera interdisciplinariedad?

El peso que tenemos es que el surgimiento tardío de la literatura o los estudios literarios —como disciplina humanística—, en nuestra tradición académica-cultural, ha inducido de manera casi corporativa a la defensa de los predios disciplinarios recién ganados. Esto se nota porque a mediados del siglo pasado y hasta antes de la reforma de los años 70, los hombres de letras eran, cada uno, un señor feudal. Hasta discutían quién salía o quién entraba en un salón porque al de más prestigio tenía que darle salida o pase al más antiguo. Evidentemente, ahora estamos en una situación en la que, como ya formamos parte de las Ciencias Humanas, cada quien quiere defender y no perder su parcela; por lo tanto, los lingüistas no hablan con los literatos, los literatos no hablan con los filósofos, pero no saben (o no se dan cuenta) que todos ellos hablan sobre la misma materia que es el lenguaje, el pensamiento, las obras, la escritura, etc. Entonces, hay una respuesta ante los nuevos retos que, en lugar de transitar hacia lo interdisciplinario o lo transdisciplinario —como ocurre en todas partes—, refuerza los elementos disciplinarios, los cierra y les pone cuatro llaves. Esto de encerrarse en la especialidad se refleja, curiosamente, en formular un plan flexible como el que se hizo, pero no flexible hacia otras disciplinas, sino que ahora el estudiante tiene más opciones para escoger dentro de su propia disciplina. El plan flexible, cuando surgió, significaba que se podía llevar, por ejemplo, un curso de Sociología en Ciencias Sociales o un curso de Lenguaje en Psicología. Sin embargo, acá, la flexibilidad es abrir más cursos para quien quiera leer solamente lo que le gusta; dicho de otra manera, es una dinámica concesiva evidentemente a ese crecimiento sin ningún sentido. De hecho, eso ha generado en algunos estudiantes (no pocos) una confusión, porque ellos quieren venir a encontrar un orden, un sistema, un metadiscurso que les ordene sus intenciones y sus buenas ganas de aprender, pero se encuentran con que la universidad es más confusa que lo que existe afuera.

Personalmente he formulado de forma reiterada la propuesta de variar hacia un enfoque interdisciplinario de conformidad con lo que está ocurriendo hoy día en varios campos y en varias prácticas académicas universitarias. La producción científica hoy día

es interdisciplinaria, la investigación y los problemas no piden permiso e involucran a varias disciplinas. Esta postura se ha visto con desconfianza porque desconocen el nuevo terreno que implica lo interdisciplinario. He señalado, a pesar de todo, que esto no es automático, sino que es un cambio en proceso que el profesor o joven lo puede ir desarrollando en su propia dinámica. Es algo normal porque se trata de una asimilación progresiva de una nueva epistemología, pero en lugar de impulsar eso no hacen más que reforzar lo que yo he denominado como una epistemología autista: se tiene un autor, un tema, una metodología y lo demás no importa. No se puede hacer una comunidad de humanistas con gente autista que solo se dedica a una sola cosa: eso es absurdo. Yo pienso que el origen de todo esto es que a pesar de haberse planteado —porque acá no hay nada que inventar—, hay evidentemente un cambio porque se han cambiado los nombres, pero no los enfoques. Supuestamente se ha abandonado el enfoque historiográfico, pero en realidad en lugar de llamarle Literatura Griega o Latina, se le denomina “Antiguas”. Por otro lado, pudiendo haberse articulado determinados temas transdisciplinarios como problemas, por ejemplo, pensemos en el romanticismo, la vanguardia o el barroco, que son temas que abarcan muchas cosas y que no se los puede incluir en la historiografía como un período porque eso permanentemente está volviendo al igual lo clásico, no se ha hecho.

Otra propuesta que en algún momento planteé es que, en realidad, lo que nosotros debemos buscar son modelos explicativos y no hermenéuticos, es decir, buscar no sistematizar el gusto, sino generar comprensión de los textos y su funcionamiento. De ahí que la interpretación no sea nuestro punto fuerte y sí el análisis del discurso. Los cursos complementarios a los de teoría deberían ser análisis del discurso, pero no de interpretación. Lo que sucede es que la interpretación te da más facilidad para incluir métodos, como a mí me enseñaron —y muchos de nosotros hemos tenido profesores que tenían su propio análisis interpretativo; ellos hacían su hermenéutica, su esquema exegético—, pero ya no es esa época porque se tienen modelos de análisis que deben conocerse. No es que vas a aplicar uno, es el texto el que te exige y tú tienes que conocerlos todos. No se trata, tampoco, de que defiendas tu visión hermenéutica. La gente gusta de la literatura y basta saber leer. No se va a exigir que todos vayan a

estudiar en la Universidad para opinar de una obra porque la Universidad no se centra en eso y la formación no se orienta hacia la discusión de lo que cualquier persona lee. Hay que buscar reconocer que existen nuevos campos que se están desarrollando en otro lado y que acá (en San Marcos) son desconocidos: la ecocrítica, las humanidades digitales o la crítica poshumanista son aspectos que ya se encuentran en varias partes; en cambio, acá todavía seguimos pensando en cosas que, no digo que estén mal, pero no podemos quedarnos en eso, tenemos que ir más allá. Obviamente eso significaría enfocar el horizonte nuevo, que es lo que nos falta. ¿Por qué? Porque lo que ahora se está haciendo es, más que nada, mantener lo que había antes y eso, en realidad, es una política académicamente errada.

5. Finalmente, profesor Huamán, habida cuenta que la literatura no tiene por teleología la búsqueda y establecimiento de verdades sino de propuestas que promuevan el diálogo y alienten el debate, ¿a dónde consideraría apuntar las prácticas humanísticas y los estudios literarios en adelante?

Ahora estoy en una campaña para encontrar justo una respuesta a lo que me acaban de plantear. No creo que sea individual, sino grupal y desde la propia comunidad de literatura y la propia comunidad humanística de San Marcos (aunque no solo de San Marcos), así como la de todo el país para dialogar con el mundo. En una época marcada por un capitalismo salvaje, depredador y contaminante, que vende una cultura del espectáculo que oculta las profundas y cada vez mayores desigualdades sociales, resulta esencial plantear un relanzamiento, una refundación de nuestra práctica humanista. No podemos mantenernos al margen de ello, pues estamos ante la necesidad de que esa conciencia crítica, que es la materia básica de nuestra praxis, comience a jugar un papel importante para salvar al planeta de la extinción, por ejemplo. Precisamente todo el problema del calentamiento global se está generando porque la gente no toma conciencia de este modo de vida que manipulan los grandes grupos de interés económicos y que condena a la gran mayoría al hambre, a la miseria y a vivir las consecuencias del cambio climático. Cada vez hay más ricos y cada vez es mucho más grande la diferencia entre los poquísimos que tienen mucho y los muchísimos que no tienen casi nada. Por ello, hoy más que nunca, cuando el verdadero problema de la vida

y de la existencia radica en la deshumanización que se da todos los días y que socava valores intangibles en los seres humanos —me estoy refiriendo a lo que nosotros siempre hemos defendido como el arte y la cultura—, necesitamos recuperar un horizonte diferente que puede estar en la lucha ecológica actual, es decir, regresar al sentido original de la existencia humana basado en una propuesta ecológica de diálogo y armonía. No tenemos por qué estar enfrentados contra la naturaleza: somos parte de ella. Nosotros somos, seremos seres vivos que debemos dialogar y respetar a las otras formas de vida; primero entre nosotros mismos, porque lo que existe es un segregacionismo, una política de agresión y usamos el lenguaje —porque así nos han inducido— no para articular, cooperar, sino para pelear y confrontar. Eso es un absurdo. El momento actual exige la necesidad de que nosotros seamos la palanca de construcción de esa conciencia crítica que permita la defensa de la vida, de la existencia humana y de todos los seres vivos de este planeta; y que se recupere en esa lucha, en ese horizonte, además, los valores —que son los que hemos dejado de lado, preocupados por el mercado y por el consumo— como la solidaridad con la madre naturaleza, con los seres humanos, con los animales, y la cooperación, porque no podemos salir de este problema sin cooperar como hicimos cuando crecimos y fuimos la especie que dominó todo. Estos son valores esenciales para el futuro de la humanidad que no requiere de capitales, sino de humanistas que lideren la movilización —evidentemente de los jóvenes, sobre todo— hacia una sistemática desobediencia civil camino al cambio del modo de vida dominante y el retorno hacia un desarrollo sostenible, ecológicamente viable, a un nuevo proyecto económico que sea más humano y que evite esas grandes divisiones e injusticias y, por supuesto, que no permita que problemas como la pobreza y la desigualdad sean invisibilizados. Estamos en condiciones —la humanidad—, por los desarrollos tecnológicos de la ciencia, de superar eso. Con lo que han ganado nada más en la última década los millonarios de los millonarios, se podría haber eliminado tres veces el hambre en el mundo; asimismo, con lo que cuesta una ojiva nuclear o un avión súpercaza se podría haber superado la mortandad infantil de todo el mundo.

Entonces hay que imaginar una humanidad sobre la base de un enfoque humanístico, que es lo que más necesitamos ahora. Lamentablemente los humanistas

estamos dispersos, confusos y no nos damos cuenta de que tenemos el poder para hacerlo, que es la palabra, los valores, el arte, la literatura y la conciencia crítica. Yo me imagino que tarde o temprano vamos a tener que levantarnos todos y liderar esa desobediencia civil para usarla por la paz y por el bienestar de la humanidad. Creo que esa es la tarea de los humanistas: organizar la conciencia disidente y convertirla en un factor de defensa. Para mí, ese es el futuro: desarrollar la solidaridad con la madre tierra, con nosotros mismos, con los seres vivos (animales y humanos); y eso es, por decirlo de algún modo, el *End game*, solo que quienes van a luchar no son esos superhéroes imaginarios, sino los hombres corrientes de todos los días liderados por seres más sensibles y cuestionadores que somos los humanistas. Lo malo es que no tenemos el apoyo de Hollywood, pero sí tenemos el apoyo de personajes famosos que están en todas partes y en la historia de la humanidad como Vallejo, Arguedas, pues ahí todos son iguales y contribuyen para crear un mundo diferente. Esa es la verdadera batalla por delante. ¿Ustedes qué van a hacer? ¿De qué lado se van a poner? Cuidado que las fuerzas del lado negro y oscuro siempre tienen cosas para convencerlos, pero espero que, como jóvenes que son, tengan capacidad de decisión ética.